

Lola Salmerón

Flor del desierto

Ser mujer en el Sahara Occidental

Los libros de Lola

© Lola Salmerón Galí

© Petit Camagroc, S. L. U.
Calle Doctor Trueta, 19, entresuelo 2ª
08860 Castelldefels (Barcelona)

© Diseño gráfico: underthecoconut
(info@underthecoconut.com)

© Fotografías: Fatu Hach Ahmed Hama

—

Primera edición: febrero de 2017

Depósito legal: B-5207-2017

ISBN: 978-84-946785-0-9

Toda forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo la excepción prevista por la ley. Diríjase al editor si necesita fotocopiar o digitalizar algún fragmento de esta obra.

www.loslibrosdelola.es

Impreso en Ulzama Digital, S.L.

«La libertad es como la mañana.
Hay quienes esperan dormidos a que llegue,
pero hay quienes desvelan y caminan
la noche para alcanzarla.»

—*Subcomandante Marcos*

«El primer té es amargo como la vida, el segundo es dulce
como el amor. El tercero es suave como la muerte.»

—*Refrán saharauí*

«Háblale a quien comprenda tus palabras.»

—*Proverbio saharauí*

«No se puede hacer desaparecer a la gente,
ni ayer, ni mañana, ni pasado.»

—*Francisco Etxeberría*

Introducción

Esta historia está basada en hechos reales.

Quisiéramos transmitir lo que significa vivir en una sociedad en la que las costumbres y formas religiosas pueden encaminar hacia el mejor conocimiento de la sociedad, donde la convivencia y el respeto son la última palabra.

Fatu Hach Ahmed Hama



I

Crecía feliz en aquella zona, le gustaba despedirse de la esfera de fuego anaranjada que desaparecía todas las tardes de aquel cielo limpio e inmutable. Los amaneceres la entusiasmaban y la hacían sentirse más viva que nunca. El sentimiento de melancolía que la invadía por haber visto desaparecer el día se reemplazaba por un estado de pura alegría al ser testigo de la iluminada reaparición del sol.

El manto estrellado que la arropaba en las noches la hacía sentir la niña más protegida que pudiera morar en la superficie de la tierra. Aquellas lucecitas que brillaban y parpadeaban incansablemente estaban encendidas para ella, por eso nunca sentía miedo de la densa nocturnidad.

Aunque se durmiera profundamente y se alejase de aquellas pequeñas llamas encendidas en el cielo, a la que entreabría sus ojos, ahí estaban las chispitas, pestañeando de forma incansable haciéndole saber que continuaban ahí arriba velando por sus sueños. Estaba segura que en el cielo existían un montón de seres místicos y fantásticos, de los que pocos sabían de su existencia –astros decían los demás–. ¡Si supieran en el poblado que eran ángeles de la guarda custodiando sus almas!

Nunca expresaba sus pensamientos en voz alta, aquella realidad no aparecía en el libro sagrado, así que dejaba volar su imaginación sin reproducirla a través de sus labios, para evitar que la reprendieran con palabras severas o con algún que otro castigo.

Su abuelo solía hablarle del otro mundo, el que había más allá del desierto al otro lado de la franja, a veces marcada y delimitada por invisibles granadas antipersonas. Ella no entendía aquello, a sus doce años todavía no se había materializado en su mente la sombra del odio. ¿Qué significado tenía aquella palabra? ¿Por qué su abuelo le hablaba de una gente que impedía que los saharauis abandonasen aquellas tierras áridas para ir en busca de otro pedazo de tierra algo más fértil, imponiendo la fuerza y obligándolos a permanecer en aquel desierto calcinante permanentemente?

Nunca se quejaba del suelo ardiente que abrasaba sus pies descalzos mientras andaba hasta el pozo más cercano para llenar de agua un viejo cubo metálico. Con él transportaba el preciado líquido que conseguiría calmar la sed de sus familiares. Tampoco lloraba cuando la arena aguijoneaba sus párpados doloridos al enfrentarse al irritante viento que barría las movedizas e inconstantes dunas mientras se trasladaba de un campamento a otro.

A pesar de la dureza que suponía vivir en una jaima*, nunca había pensado en abandonar aquel lugar; aquel suelo hostil era su tierra y aquellos hombres y mujeres de piel cobriza eran su familia.

Sabía que para muchos aquel horizonte lejano y difuso resultaba ser tan inalcanzable como deseado. Una línea amurallada había sido levantada mediante una construcción de piedra, que conseguía separar el desierto del deseo, y que era custodiada y salvaguardada por soldados marroquíes.

*Del árabe *haymah*. Tienda de campaña de los pueblos nómadas del norte de África.

Aquella insensibilidad le parecía atroz, aparte de absurda. No había visto nunca físicamente aquel muro escoltado, pero le habían hablado tanto de él que sería capaz de dibujarlo de manera exacta y precisa de haber tenido lápiz y papel, sin dejarse ni un solo trazo en las piedras remontadas, las unas sobre las otras; tampoco eludiría ningún detalle en el traje verde de aquellos soldados incompasivos.

Su madre siempre hacía referencia al Sahara libre, y ella una vez le preguntó. Supo entonces que había quien no consentía la libertad de su pueblo, que no toleraban que vivieran libremente como seres humanos autónomos, limitándolos dentro de aquel cuadro reprimido y sellado. Los dirigentes de aquel ejército dominante no iban a permitir que el hombre saharauí aspirara los aromas del amanecer en el que creían y consideraban suyo, ni que supieran o intuyeran de qué color se teñían las mañanas en suelo extranjero. No permitían que pusiesen ni un solo pie en el otro lado, negándoles la oportunidad de poder sentir como vibraba el latido de la tierra más allá del horizonte.

Ella no quería hacer desaparecer sus pies en el extranjero, no aspiraba a eso, pero sí deseaba conocerlo. Quería saber qué se encontraba después de aquel entorno polvoriento, ahí, en aquel lugar al que ni la sombra de la arena rojiza se atrevía a rozar por miedo a la punición del opresor.



II

Aquella radiante mañana acompañaba a su abuelo en el traslado de los dromedarios, los llevaban hasta una zona de pastos a varios kilómetros de distancia. Escuchaba las palabras sabias del anciano que estimulaban su imaginación y la animaban a desplegar infinidad de pensamientos que se alzaban en un vuelo inquieto e imprudente. Soñaba despierta cuando de la nada se le aparecieron unas manos mal definidas que enterraban minas aquí y allá, aquella imagen la perturbó gravemente. ¿El poseedor de aquellas manos no lloraba al presentir una explosión?, ¿quién podía ser la víctima?, ¿ella misma acercándose a aquella irrazonable y detestable frontera o cualquier otra pequeña niña curiosa?

Recordó a aquel asombroso hombre que a veces llevaban de un lugar a otro sobre una especie de silla de montar. Le resultaba difícil mirarlo sin impresionarse, aquel hombre no tenía sus piernas enteras, habían sido mutiladas un palmo más arriba de las rodillas. Su mirada siempre era triste, ella diría incluso que de sufrimiento, seguramente en su juventud fue un hombre apuesto y fuerte hasta que una mina antipersona le arrebató parte de su vida. Ahora dependía de los demás para poder sobrevivir.

La niña seguía cavilando con cierto temor, ¿y si su abuelo se acercaba demasiado con el rebaño de dromedarios que servía para sustentar a toda la familia?

¡Pero qué cruel e injusto era todo aquello!

A pesar de aquella realidad ella siempre estaba feliz, por eso ahora corría y reía detrás de una cabra pequeña

y retozona que pertenecía a un pastor nómada con el que se habían encontrado en el camino. La niña podía pasar de un sentimiento a otro sin dificultad, consiguiendo que nada enturbiase su inocente existencia.

Miraba aquella fila de dromedarios maravillada mientras los seguía. Aunque aquellos animales eran habituales en su vida cotidiana, siempre se entusiasmaba con el espectáculo silencioso que provocaban mientras precedían sus pasos.

Todos los dromedarios estaban unidos entre sí por unas cuerdas, Ahmad los dirigía magnánimamente ayudado por un bastón de madera, evidenciando un control absoluto en su polvoriento peregrinaje.

Bakita observaba el tono azulado del cielo y lo comparaba con las ropas de su abuelo. Aquel hombre llevaba un ancho *darrá del mismo color celeste, sus pantalones bombachos estaban bastante descoloridos, seguramente eran mucho más viejos que la parte superior de aquel traje.

En cambio, el turbante era de un azul intenso, que resaltaba sobre las demás telas y sobre el sereno horizonte finito.

Bakita había visto montones de veces al viejo enrollándose aquella larga tela sobre la cabeza, pasándosela también por debajo de la barbilla. Sabía que le resultaba útil para protegerse del sol, y que incluso le servía para taparse la boca y la nariz en caso de encontrarse con un día muy ventoso, evitando tragarse así la molesta arena del desierto.

El dromedario más veterano estaba ensillado, unas rudimentarias alforjas de cuero colgaban a ambos lados

*Traje ancho con dos grandes aberturas a ambos lados en la indumentaria masculina saharauí.

del animal, dentro de una de ellas había un recipiente de barro lleno de agua. La otra bolsa contenía diferentes paquetes: por un lado una tela envolvía un par de puñados de dátiles y almendras, otro de los envoltorios contenía varias tortitas de pan, también disponían de unos dulces que acompañarían al té que el viejo prepararía más tarde sobre la arena del desierto. Aquel dócil animal llevaba auestas dentro de aquellas alforjas lo necesario para hacer hervir la infusión.

Llegaron a un espacio aislado moteado por unos pequeños arbustos un tanto secos. Ahmad dejó libres a los dromedarios para que pudiesen pastorear tranquilos.

Se acercó al que llevaba las provisiones y comenzó a preparar lo que sería la comida del mediodía.

La pequeña desplegó una tela sobre el suelo del desierto para que su abuelo pudiera comenzar a colocar los alimentos. Todo era muy escaso, pero lo suficiente para aquel día. A la hora de la cena estarían de vuelta en casa, entonces podrían jactarse con un rico cuscús preparado por Fatimatu, la mamá de la pequeña.

Bakita comenzó a comer mientras le hablaba a su abuelo del desierto y de lo que significaban para ella aquellas experiencias lejos del hogar.

Él la miraba orgulloso, de todos sus familiares más cercanos Bakita era su preferida, siempre dispuesta a ayudar a las mujeres de la familia en las tareas del hogar. Nunca reprochaba por nada, ni manifestaba ningún gesto de descontento, todo le parecía bien. Si le hablaban escuchaba con total atención, y si le pedían algún encargo cumplía con gusto el cometido.

Era evidente la diferencia con las demás niñas de aquel campamento para refugiados, situado en aquel trocito de desierto cedido por Argelia en la provincia de Tinduf.

Siempre tenía alguna pregunta extraña que hacer, todo le sorprendía, su curiosidad iba más allá que la de cualquier otra niña de su misma edad. Mostraba una inteligencia superior, la cual cosa hacía que su abuelo se sintiera satisfecho, en el fondo le recordaba a su propia infancia, por eso no dejaba de contarle leyendas que décadas anteriores había escuchado de sus mayores.

En presencia de los suyos Bakita no llevaba el pañuelo sobre la cabeza, su religión le permitía no hacerlo todavía. Cuando llegase a la adolescencia ya no debería descubrir su melena en público. Ahora necesitaba de él para no sufrir una insolación provocada por los candentes rayos del sol.

Después de comer se acomodaron bajo la sombra de un viejo árbol, con la intención de descansar y de volver a tomar fuerzas para el camino de vuelta.

Bakita no tardó en escuchar los soplidos de su abuelo, dormía tan profundamente que parecía que nada podría arrancarlo de su sueño.

Quiso acompañarlo en aquel paseo por el subconsciente y durante unos minutos se mantuvo fuera de la realidad, pero el abrasante calor no les permitió alargar mucho su descanso, así que en unos minutos ya estaban los dos desparezándose al unísono.

Después de unos minutos de silencio la pequeña niña lanzó con firmeza unas palabras a Ahmad.

—Abuelo, me gustaría ir al colegio, sé que a unos kilómetros de nuestro hogar hay un recinto en el que enseñan a los niños a leer y a escribir.

Aquel hombre de mirada cansada y rostro arrugado la miró de soslayo. Le extrañaba que aquella petición Bakita no la hubiera hecho antes. Muchas habían sido las veces que ella se había interesado por la esfera terrestre.

Preguntaba sin descanso cuántos países y continentes había en el mundo, cuántos mares, por qué el día se llamaba día y por qué las noches se tornaban oscuras, y a qué se debía aquel tinte añil en el cielo. Eran tantas sus preguntas que agotaban hasta al más paciente de la familia. Su madre solía quitarle aquellas cosas de la cabeza, «para poder vivir en el desierto no hacía falta saber todo aquello».

—Sabes que en estos momentos no va a ser posible —le contestó tajante—, tu madre y tu abuela te necesitan, tu ayuda es muy necesaria para ellas, y tu compañía para mí también.

—Sí, abuelo. Pero podría ir solo un par de días a la semana.

—¿Y cómo irías hasta allí, pequeña? No tenemos muchas facilidades para poder hacerlo.

—Siempre me has dicho que te gustaría poder leer el Corán y escribir sobre los pasajes que tanto llenan tu corazón. Podríamos ir los dos en camello, tú podrías ser mi jinete —Bakita rio al decirle aquello, sobre todo por la cara que puso.

—Mi niña, tienes unos pensamientos muy extravagantes, ¿tú te imaginas los dos por este desierto montados en uno de nuestros viejos camellos?

—¡Sería fantástico, abuelo!

—Si uno de nuestros animales de carga tuviera un accidente en el camino yo sería incapaz de solucionar el problema. Mírame, jovencuela, mis manos están demasiado viejas, ya no tienen la fuerza que tenían en su juventud. Mis ojos viven cansados, no aguantarían la viveza de la arena cuando se alza del suelo. Si tuviera que llevarte auestas, mis brazos ya no responderían como lo hacían cuando eras niña y te alzaba como a una pluma.

Bakita lo miró con tristeza, quizá no se había dado cuenta antes, pero era cierto. Aquella figura que reconocía como un hombre sabio y fuerte comenzaba a mostrarse abatida. Sus arrugas se habían vuelto severas y marcaban de forma surcada su cara, cada una de ellas sumaba un montón de años. Aquella potente voz se apagaba por momentos y se perdía en un susurro delicado.

Tampoco sonreía tanto, útilmente solía quejarse de un intenso dolor en los huesos. Aquello era la vejez y ella comenzaba a reconocerla con desánimo en aquel hombre tan querido, realmente aquella manifestación le apenaba.

—Podrías hablar con el tío Barik, o con el tío Omar, ellos podrían hacerlo por mí.

—¿El tío Omar? Él nunca se ha interesado por el significado de nada. Vive tranquilo y feliz junto a su mujer y sus hijos. Y Barik, ¡ay el bueno de Barik! Tiene demasiadas responsabilidades como para perder el tiempo con largos paseos por el desierto.

—¿Perder el tiempo dices? Veo que no voy a convencerte.

—A veces me gustaría romper con las reglas, soy tan inquieto como tú. Pero nuestra situación actual no nos permite ser demasiado soñadores. Tenemos que ser realistas e intentar sobrevivir en estos parajes olvidados de la mano de Dios, y de la forma menos arriesgada posible.

Bakita quiso dejar aparcada aquella conversación. Comenzaban a molestarle aquellas palabras, por eso enmudeció de repente y de manera implacable.

Aquella reacción dolió al viejo, pero sabía que no había otra opción, mejor actuar de aquella forma, cortando de cuajo las ilusiones de la niña.

Ahmad puso en marcha aquella caravana de dromedarios y, junto a ellos y a su nieta, comenzó el arduo camino de vuelta.

Ninguno de los dos habló durante el trayecto. La cara de la pequeña reflejaba frustración y enojo, en cambio Ahmad caminaba apenado. Entendía lo que la niña podía sentir, pero eran muchos los prejuicios y miedos que su pueblo aún mantenía y manifestaba ante la vida.

Después de aquella conversación fue inevitable que Ahmad recordara a todos aquellos familiares perdidos en el tiempo. ¡Si la pequeña supiera de las penurias que les había tocado vivir en el pasado, un pasado demasiado reciente! Aún esperaba encontrar los cuerpos desaparecidos de varios familiares.

Le reconfortaba pensar que tenían otras prioridades. La vida en aquel lugar era demasiado cruda como para renunciar a las labores que la mujer saharauí podía efectuar en beneficio de la comunidad. Con aquella edad, Bakita era ya imprescindible para las actividades familiares y de nada serviría que se marchase, el aprendizaje escolar de nada le serviría en el día a día entre las lonas.

En cuanto distinguieron las jaimas en la lejanía la pequeña aceleró sus pasos hasta convertirlos en una carrera.

Llegó cansada y sedienta, lo primero que hizo fue dar un buen trago a una jarra que contenía agua fresca. Al entrar su abuelo detrás de ella se encontró con la cara de la niña sonriente ofreciéndole un poco de agua. Él le devolvió la sonrisa y le depositó un afectuoso beso en la frente.

Aquello era lo que más le gustaba de su nieta, la niña no tenía cabida para el rencor en su corazón.

Fatimatu ya había preparado la cena y su abuela

Mbarka preparaba la comida para el día siguiente. Dentro de aquella carpa siempre había mucha actividad. En aquel momento sus primitos jugaban incansables. El grito del tío Omar hizo que una calma transitoria llegara y ocupara el espacio dentro de aquella tienda.

Bakita no echaba de menos a su padre, a penas lo recordaba, murió de una extraña enfermedad cuando ella no había alcanzado aún los tres años. Entre sus tíos y su abuelo aquella figura paterna inexistente se había substituido de forma natural. Lo único que le apenaba era que su madre no hubiera podido tener más hijos, por eso consideraba a sus primos como hermanos pequeños, de hecho así les llamaba, sus hermanos.

La familia se acopló alrededor de unos sencillos pero exquisitos platos expuestos sobre una pequeña mesa de madera. Una bonita alfombra de vivos colores les proporcionaba comodidad en aquellas reuniones impregnadas con el aroma del comino y de otras especias.

Los mayores charlaban mientras los pequeños se incorporaban con juegos inoportunos. El cuscús cocinado con verduras gratificaba el paladar de los comensales, Bakita echó en falta las porciones de cordero, no siempre tenían la suerte de poder comer algo de carne. Lo que no faltaron fueron las pastas dulces acompañadas del humeante té.

¡Qué rico encontraba Bakita el sabor a menta de la infusión recién hecha!

Después de cenar y tras haber recogido los cacharros sucios, la niña se fue a un rincón junto a sus primos. Sobre un trozo de alfombra con forma ovalada y unos confortables cojines, se acostaron hasta quedarse dormidos. Los críos estaban muy acostumbrados a la precariedad de la jaima, era así para todos los habitantes de aquel campamento en El Aaiún. Los pequeños vivían felices

con lo poco que poseían, no habían conocido otras opciones de vida, por eso no la anhelaban.

El delicado reflejo de una media luna árabe comenzó a iluminar sigilosamente la entrada de la estancia. Bakita comenzó a soñar con su nueva casa. Había escuchado hablar a sus mayores que en los próximos meses comenzarían a construirla. Al parecer lo harían con ladrillos de adobe, sería una construcción sencilla de una sola sala y una única planta. Esa casa de piedra les ayudaría a permanecer más protegidos de las tormentas de arena.

En alguna ocasión las lonas de las carpas alzadas en aquellos confines desolados habían terminado rotas tras una tormenta de arena. Los muros de las casas por edificar serían mucho más resistentes, proporcionando mayor cobijo y bienestar a las personas que formaban aquella familia.

Las épocas de lluvia eran escasas, pero Bakita recordaba una vez que estuvo lloviendo durante tres días sin parar y de manera insistente. Aquel entorno seco y cobrizo se había convertido en un barrizal negruzco y fastidioso, muchas de las tiendas se rompieron por la intensa lluvia, llegando a perder sus pobladores parte de sus pertenencias.

Se durmió con aquella imagen revoloteando en su mente, la de una casa de piedra fuerte y segura junto a otras construcciones similares, con niños descalzos entrando y saliendo de ellas, con la sonrisa pegada en sus rostros por la fortuna de poder vivir en una de aquellas edificaciones.

También le emocionaba pensar que vivirían en un nuevo campamento, bastante alejado del campamento de El Aaiún. En Auserd vivían unos parientes lejanos de su madre, Fatimatu siempre había pensado en trasladarse junto a ellos. Ahora aquel deseo se hacía realidad.

La niña despertó al poco de despuntar el sol, y dejando atrás sus sueños corrió hacia su madre emocionada.

—Mamá, ¿cuándo van a comenzar a construir nuestra nueva casa?

—Buenos días, hija —Fatimatu besó a su hija en la mejilla. ¿Qué tal has dormido?

—Bien, pero dime, ¿cuándo comienzan a poner las primeras piedras?

—Todo está previsto para comenzar en un par de días.

—¿De verdad, tan pronto?!

—Sí, llevamos semanas con este asunto. Ya hemos conseguido los materiales y un par de hombres que nos ayudarán en la tarea.

—¡Qué bien! ¿Lo saben ya los pequeños?

—No, todavía no les hemos dicho nada. ¿Quieres darles tú la noticia?

—¡Sí, por favor!

—Anda, ¡ve!

Sabía que a la niña le entusiasmaba mucho aquel acontecimiento. Llevaba días hablando sobre el tema y preguntando cómo sería la casa y en qué lugar la iban a emplazar. Solía coger un palo de madera afilado y dibujaba sobre la arena una enorme casa, mientras les explicaba a sus primos cómo iban a vivir dentro de ella. En el interior y exterior de aquella casa imaginada marcaba unas figuras que representaban todos los miembros de su familia, todavía no sabía que sus abuelos no se iban a trasladar. Fatimatu no se atrevía a darle aquella inoportuna noticia, sabía cuan unida estaba la pequeña a su abuelo. Esperaría hasta el último momento para hacerlo.

Los niños pequeños entraron corriendo y saltando de alegría, Fatimatu pensaba que realmente no eran conscientes de lo que Bakita les explicaba, eran muy peque-

ños todavía, nunca habían visto una de aquellas edificaciones, solamente el diseño sobre la arena que Bakita había recreado.

Se alegró de aquel alboroto, ya que le sirvió para dejar atrás aquel pensamiento que la apesadumbraba.

—¡Viviremos en una casa grande de piedra! —exclamaba el pequeño de Mahmoud.

El abuelo Ahmad apareció en la jaima, había estado por fuera buscando pequeños troncos para poder preparar el fuego del mediodía.

—Tenemos leña suficiente para poder cocinar los próximos días —anunció—. ¿A qué se debe tanto alboroto?

—¡Abuelito, Bakita nos ha contado que viviremos en una gran casa de piedra!

El pequeñín revoloteaba alrededor de su abuelo dando saltos llenos de entusiasmo.

Bakita se acercó a Ahmad y le dio un afectuoso abrazo.

—Qué feliz soy, abuelo, tengo muchas ganas de ver esa casa construida. El frío de las noches no tocará tan fácilmente tus huesos, las paredes de piedra se lo impedirán.

—¿El frío es una bestia? —preguntó Mahmoud con cara de espanto.

—Sí, tiene garras y unas largas orejas de burro —rio Bakita al ver el rostro atemorizado del pequeño.

—No lo asustes, Bakita —le recriminó su madre—, no es cierto Mahmoud, habla del frío que sentimos cuando estamos fuera de las tiendas, el que deja caer la noche, ¿entiendes?

—Sí —dijo poco convencido el pequeño.

A Bakita le extrañó ver que su abuelo no se alegraba tanto como ella, lo conocía demasiado bien, sabía que aquella media sonrisa escondía algo.

—¿No te alegras?

—No, no es eso.

—Entonces, ¿qué te sucede?

Ahmad buscó los ojos de Fatimatu, ésta esquivó la mirada de su padre.

Supo entonces que iba a ser responsabilidad suya darle la mala noticia a su nieta. «Para qué esperar más», pensó.

—Bakita, hay algo que quiero explicarte.

La pequeña no tenía la mínima sospecha, pero era evidente que algo preocupaba al anciano.

—Dime, abuelo, ¿qué ocurre?

—Quizá ahora no sea el mejor momento, después hablemos.

La niña no objetó en absoluto. Intentó cambiar aquella sensación extraña que los había envuelto a todos.

—Abuelo, ¿vas a empezar a preparar el fuego para la comida de hoy?

—Sí, ¿quieres acompañarme?

—Claro, es una de las cosas que más me gusta hacer contigo.

Los dos salieron y se dirigieron a un lugar próximo en el que había una pequeña cabaña revestida de lona que utilizaban para cocinar.

Solían encender la pequeña hoguera a la intemperie, justo enfrente de la entrada. Cuando el mal tiempo les visitaba, colocaban los leños sobre el suelo de su interior, en un lugar dispuesto para la hoguera, y con sumo cuidado iniciaban la fogata que serviría para cocer los alimentos. En un lateral del interior de la diminuta jaima había una madera alargada con un par de troncos que servían de patas, sobre ella había colocados diferentes utensilios de barro y de madera que utilizaban para cocinar.

Bakita comenzó a amontonar la madera y esperó a que el abuelo la prendiera.

Aquel momento le fascinaba, le gustaba ver cómo aquella primera llama se iba apoderando de la hojarasca y de los tronquitos y los hacía crujir mientras las chispas saltaban juguetonas.

El color de aquel vivo fuego la mantenía hipnotizada hasta que la madera comenzaba a ofrecer unas magníficas brasas, entonces llegaba el momento en el que acudían su madre y su abuela y comenzaban a preparar la comida.

En cuanto terminaban llevaban la cazuela de barro con la comida todavía caliente hasta la jaima principal y volvían a agruparse en aquel círculo familiar. El momento de la comida era el más deseado por todos. Saciaban su estómago aunque el menú tenía que ser bastante repartido, los víveres no abundaban en aquel rincón del mundo.

Bakita seguía mirando el fuego cuando Ahmad le habló:

—La abuela y yo no vamos a desplazarnos, nosotros nos quedaremos aquí. Estamos demasiado mayores para tanto ajeteo.

La niña no dijo nada, solo se lo quedó mirando fijamente. Sus ojos desbordaron un torrente de lágrimas silenciosas. Sabía lo que aquello significaría. No vería a su abuelo a diario, no compartiría con él todas aquellas hazañas en el desierto, no le hablaría de su pasado destacando con entusiasmo los momentos más felices de su niñez, no vería más aquel rostro que tanto amor profesaba por ella.

—No llores, pequeña.

—¡No me digas que no llore! ¿Es qué tú no te apenas?

—Sí, claro que sí, pero entiende que a nosotros este cambio nos queda demasiado grande. Supondría para nosotros un cansancio desmedido, nos costaría mucho adaptarnos a la nueva vida.

—¿Y podrás acostumbrarte a vivir sin nosotros? Abuelito, os quedaréis muy solos —la niña habló muy apesadumbrada.

—Sí, os echaré mucho de menos, sobre todo a ti —el anciano palideció.

Bakita continuaba llorando, no podía creer lo que su abuelo le decía.

—Abuelo, cada vez estás más mayor. No pasará mucho para que comiences a necesitar de nuestra ayuda.

—Sí, ya lo sé. Tu abuela y yo nos cuidaremos mutuamente.

—No abuelo, no. Yo cuidaré de vosotros.

—Eso no va a ser posible. Tu madre te necesita y tus primos también. Contamos con la ayuda de nuestros vecinos aquí en El Aaiún, en caso de necesitarla algún día...

Su nieta cortó sus palabras tajante.

—Nuestra jaima está demasiado alejada de las demás tiendas, si os pusierais enfermos en la noche tendríais que esperar hasta el amanecer para salir en busca de ayuda, quizá demasiado tarde ya. Yo podría salir de noche si fuera necesario, sin que tuvierais que poner en riesgo vuestra vida esperando a que amaneciera.

Ahmad veía el desespero de la niña. Sabía que nada de lo que pudiera decirle la serenaría. Solo el tiempo podría convencerla de que lo mejor sería que se fuese con su madre y sus tíos.

—No tienes otra opción. No quiero hablar más del tema. Cuando Omar y Barik lo indiquen recogerás tus cosas y ayudarás en el traslado. Dispondréis de los animales para cargar con vuestros bártulos.

—Te digo que yo no quiero marcharme de aquí —le repitió sollozando.

—¡Basta, Bakita! ¡Basta!

Aquella decisión le costaba más de lo que ella imaginaba. Era deprimente pensar en sus días sin la presencia de aquella niña, que conseguía que su existencia fuera mucho más llevadera. No conocía a nadie que pudiera igualar su alegría, aquel corazón bondadoso contagiaba a todas las personas que se encontrasen cerca de ella. Él intentaría calmarla, le diría que dos o tres veces al año se reunirían, no tenían por qué dejar de verse. Aunque él sabía que aquello estaría muy lejos de la realidad, seguramente tan solo podrían encontrarse una vez al año.

Todos aquellos meses de separación acelerarían su vejez, cada vez que la niña lo viera lo descubriría más anciano y cansado que antes. Él no la vería crecer, el tiempo borraría las facciones de su cara de niña transformándolas en rasgos de mujer. Era incapaz de transmitirle lo que iba a echarla de menos, tenía que sufrir en silencio, la niña no podía intuir el padecimiento que ya albergaba en su corazón. Aquél era el único modo de poder consumir aquella separación de la forma más apacible posible.

Bakita se fue sin más. El anciano vio como la pequeña emprendía una carrera perdiéndose en el desierto.

No alertó a nadie, sabía que aquella escapada era necesaria para que Bakita pusiese en orden sus pensamientos. Aquella noticia era bastante dolorosa como para que se quedase impasible. Llorar e incluso gritar a solas la ayudaría a deshacer el nudo que acaba de oprimir su corazón.

Acudieron las dos mujeres para preparar la cena, esta vez también las acompañaba la joven esposa de Omar. Se extrañaron al encontrar a Ahmad a solas con el fuego de la hoguera.

—¿Dónde está la pequeña? —preguntó Mbarka.

—Bakita está profundamente disgustada. No la esperaréis para comer, seguramente volverá tarde.

—Vayamos a buscarla, no quiero que nada malo le suceda.

—No te preocupes, hija. Ella necesita meditar respecto a lo sucedido, cuando haya podido desahogar su llanto volverá.

—Esta niña no debería corretear tanto por el desierto, debería permanecer más tiempo con nosotras en la jaima colaborando en las tareas.

—Esta niña ha colaborado mucho más a su temprana edad que tú llevándole diez años de ventaja.

Sukaina no se atrevió a replicar al padre de su marido, que la miraba bastante enojado.

«¡Cómo se atrevía aquella descarada a hablar así de su nieta!»

Ahmad sabía que Sukaina le tenía cierta envidia a la pequeña, su astucia y su bondad mantenían a la joven en la sombra, Bakita le quitaba el protagonismo que le hubiera gustado tener en aquel hogar.

Mbarka se llevó al anciano hacia la jaima en un intento de apaciguar su ánimo. Sabía que su marido podía seguir arremetiendo contra su nuera por haber hablado de aquel modo de Bakita. Aquella niña era su ojito derecho, nadie tenía por qué atreverse a criticarla ni a dejarla en mal lugar.

Fatimatu prefirió no hablar y comenzó con los preparativos de la comida.

Comieron y cenaron sin la pequeña. Después de recoger los cacharros sucios y de dedicar un tiempo a la plática familiar, se separaron con el propósito de ir a dormir, intentando no preocuparse demasiado por la ausencia de Bakita.

Omar y Barik salieron un momento e inspeccionaron el exterior sin alejarse demasiado. Confiaban en que la

niña estaría bien y que no tardaría en volver. Por eso en unos minutos ya estaban de vuelta al hogar.

Sukaina permanecía plantada en la puerta de la jaima aguardando a su marido. Esperó a que Barik desapareciera en el interior de la tienda para hablar con su esposo.

—Esta niña creará problemas a esta familia. Tu padre la consiente demasiado. Tendrías que hablar con él y hacerle ver.

A Omar no le preocupaba en absoluto la atención que su padre le dedicaba a su sobrina, pero para complacer a su mujer accedió a su petición.

—Está bien. Hablaré mañana con él. Pero ahora ya poco importa. Bakita crecerá lejos de él.

—Quizá sea el momento de que tú eduques a esa mocosa, lejos de aquí y apartada del blando de Ahmad. Bakita necesitará a alguien más autoritario que la lleve por buen camino.

Mbarka estuvo pendiente de los movimientos de Sukaina desde que terminaron de cenar. Por eso escuchó las palabras de la joven. No pudo evitar salir a su encuentro y enfrentarse a ella.

—Preocúpate de tus asuntos. Dirige tus esfuerzos en ser una buena madre y deja en paz a Bakita.

—Mis hijos no vivirán tan descontrolados como esta niña.

—Esa es tu obligación, centrarte en ellos y en su educación. Deja que Fatimatu y Ahmad eduquen a Bakita como crean oportuno.

Sukaina iba a responder a su suegra, pero Omar se lo impidió. No iba a permitir que le faltara el respeto a su madre en su presencia.

Ni Fatimatu ni Ahmad supieron de aquella conversación. Fatimatu se encontraba en la cama, estaba muy angustiada y apenas pegó ojo en toda la noche.

El anciano se había dirigido a su lugar de descanso, permaneció inmóvil hasta que Mbarka se acostó junto a él. Se agarró fuertemente a ella sin pronunciar ni una sola palabra.

Estaba sufriendo más que nunca, y lo hacía en silencio. En el fondo confiaba en que Bakita sabría cómo protegerse ahí fuera, también estaba seguro de que no pasaría el tiempo suficiente en la intemperie como para correr ningún riesgo, pero cada minuto que pasaba su corazón más se encogía.

Cuando su mujer se había quedado profundamente dormida decidió salir y sentarse en la entrada de la jaima, pudiendo divisar la nocturnidad de la noche. Pasadas un par de horas estuvo a punto de salir en busca de la niña, no dejaba de imaginarse a la pequeña sufriendo algún contratiempo.

Estaba calzando sus pies cuando oyó un crujido por la parte trasera de la carpa. Con sigilo entró al intuir que era la pequeña quien se acercaba, no quería que viese que la estaba esperando. Se recostó de nuevo al lado de su mujer mientras continuaba pendiente de los ruidos de fuera.

Al fin respiró tranquilo cuando oyó a Bakita acostarse.

La llegada de la niña no ayudó a que pudiera dormirse. Se sentía infeliz pensando en los sentimientos de Bakita en aquel momento, sabía que estaría sufriendo mucho. Hasta que los primeros rayos de sol no acariciaron aquel desolado lugar no consiguió dejar que sus párpados se cerrasen.

